

Santo Tomás, la Mística de la Teología

Fray Juan José de León Lastra, O.P.

Presentación

Quiero marcar desde el principio las ideas que pretendo exponer en esta intervención: La Teología no es sólo ni fundamentalmente una materia académica, que reserva su presencia a la escuela. Tampoco tiene como objetivo único ser instrumento para ejercer diversas funciones o ministerios en la Iglesia. La Teología es un modo, el más auténtico, de enfrentarse a la vida, de responder a las grandes preguntas que todo hombre y mujer se hace sobre su vida, su ser, sobre lo que realmente es. Sí, la Teología versa sobre Dios, pero sobre un Dios que se revela al ser humano, no simplemente para descubrir los secretos de su divinidad, sino para ofrecer el plan de salvación de ese ser humano. La Teología no pretende saciar curiosidades sobre Dios, sino conocerse a sí mismo. Es en el conocimiento de Dios, tal como Él se nos revela donde el ser humano descubre su auténtico ser y los procesos de su salvación. La Teología, por eso, es preocupación de todos, no de un reducido número de “profesionales”, como la salud es cuestión de todos, no sólo de los médicos. A la Teología hemos de acercarnos a buscar luz para avanzar en la respuesta a las grandes preguntas de nuestra existencia, que el filósofo Kant fijaba en *qué podemos conocer, que debemos hacer, que nos cabe esperar y en definitiva, qué es el ser humano*, sabiendo que la respuesta está en conocer el plan de Dios que Él nos ha revelado.

La mística de la teología consiste, pues, en el irrenunciable interés que ha de quemarnos por dentro de saber quiénes somos, cómo presentarnos ante la vida y la muerte, ante nosotros mismos y los demás, ante lo creado y ante Dios. Es un fuego interior que no puede ser extinguido o domesticado por conocimientos puramente académicos. Éstos son imprescindibles, pero no tienen valor en sí mismos, ni se cierran sobre sí mismos como si el fin único de su estudio fuera capacitarse para enseñarlos luego a otra generación de estudiantes y así sucesivamente. Están ordenados, no a la escuela, sino a la vida. Como el que estudia medicina no estudia para enseñar en la universidad medicina, sino para ayudar a prevenir y recobrar la salud.

Esta reflexión la presento a la luz de la vida y la obra del patrono de los centros escolares santo Tomás de Aquino. Su mística fue una pasión por la verdad del ser, del ser de Dios y del ser humano

La reflexión la dividimos en los siguientes temas:

1. Prenotandos

1.1. Marco histórico

La relación entre el saber y el sentir, entre la ciencia y la experiencia, entre el entendimiento y la voluntad ha sido dialéctica a lo largo de la historia del pensamiento, incluso de la cultura. Esta dialéctica adquiere diversas formas según las épocas.

En la Edad Media, tanto en el ámbito del cristianismo como en el del Islam los filósofos eran teólogos. La historia de la Filosofía estudia los mismos autores que la historia de la Teología, sea islámica, sea cristiana. Pero, siendo todos creyentes, a veces las posturas entre unos y otros fueron distantes e incluso no dejaron de fijarse posturas distanciadas e intercambiarse expresiones mutuamente descalificadoras. También en la pluma y la boca de santos.

En los ambiente intelectuales medievales había surgido el enfrentamiento entre los dialécticos, que ponían su confianza en los procesos racionales y los antídialécticos que se fiaban sobre todo de los conocimientos que ofrecía la fe. En definitiva la disparidad era de confianza, bien en la razón, bien en la fe. Problema heredado desde los primeros intelectuales cristianos, como Ireneo, Justino, Tertuliano.

A partir quizás de Hugo de San Víctor y de san Bernardo la discusión dentro de la teología se estableció entre filósofos y místicos. No era más que una aplicación a la teología de las actitudes anteriores de dialécticos y antídialécticos.

Santo Tomás vive y sufre esos enfrentamientos. La lucha contra filósofos como Aristóteles y quienes en él se apoyaban era virulenta. Defensores del estudio de la filosofía aristotélica no dejaron de dar razones al adversario, como los seguidores de Averroes y de su interpretación del aristotelismo.

Los teólogos místicos mantenían una aureola de cierta espiritualidad, y de cierta santidad. Los teólogos que contaban con la filosofía eran considerados un tanto secularizados o secularizantes, según el modo de hablar nuestro; daban demasiadas opciones a las autoridades filosóficas, así como a los procesos racionales. Significativo es ver la dura actitud ante la filosofía de un autor contemporáneo riguroso de santo Tomás, fraile franciscano, también doctor de la Iglesia, e impulsor de los estudios en su Orden, enfrentándose a los que se creían receptores más auténticos del carisma de Francisco de Asís, me refiero a San Buenaventura.¹

1.2. La Teología Mística y la mística de la Teología

En el capítulo general que la Orden de Predicadores celebró en el 2002 en Providence, Estados Unidos, se ordenó que los formandos dominicos se impregnaran de la espiritualidad de los místicos de la Orden. Fue necesario citar nombres: pronto aparecieron los místicos renanos, Eckhart, Taulero, Enrique Susón y, por supuesto, la italiana santa Catalina de Sena. Pero también rápidamente se citó a santo Tomás.

Sin duda que hay razones suficientes para entender que en santo Tomás se puede beber una espiritualidad profunda, la que vengo a llamar mística.

Ahora bien, no es de la Mística como parte de la Teología, de lo que quiero hablar; ni de santo Tomás como teólogo místico. Como tampoco quiero reducirme a entender la mística con la definición más clásica: la aproximación a la unión con Dios. Quiero entender la mística en un sentido más amplio. No por sus contenidos, sino como actitud. La mística como impulso que implica a todo el ser humano en un proyecto y en su realización; como el ardor que compromete entendimiento y voluntad, conocimiento y amor en una actividad. La mística como empeño por el que se rebasa el puro discurso conceptual sobre Dios y su proyecto, porque no pretende sólo satisfacer curiosidades intelectuales, y sí nos compromete con un modo de ser y vivir. La mística que, para entendernos, es lo que está ausente de la actividad de un simple funcionario, que trabaja simplemente por conseguir algo ajeno al trabajo en sí mismo, como son sus honorarios, de modo que el valor de su trabajo no sea otro que lo que por él le pagan, sea en dinero, en prestigio social...etc.: su vida, sus gustos, sus afectos están lejos de su trabajo.

Quiero exponer cómo santo Tomás fue un teólogo que no sólo nos ha ofrecido el sistema teológico más decisorio en la historia de la teología, sino que mostró cómo hay que hacer teología, cuál es la actitud ante la teología, qué lugar ocupa el quehacer teológico en la vida. A eso es lo que llamo la mística de su teología.

1 Ciertamente san Buenaventura era una alma eminentemente mística, como dice el medievalista Grabmann. Por eso siempre se inclinó por Platón frente a Aristóteles. Más aún se mantuvo siempre distante y a veces desdeñoso respecto a la Filosofía. Seguramente porque la recuperación de Aristóteles le suscitaba profundas dudas, por su "secularismo". Es lo que le lleva a afirmar que el saber único filosófico no impide caer en errores. La Filosofía sólo sirve para lo que la Teología la necesite. Ella en sí misma es imperfecta. Aristóteles está plagado de errores: eternidad del mundo; negación de la Providencia... Por algo, dice, en la Iglesia primitiva se quemaban los libros de los filósofos. La Filosofía es un laberinto, donde uno se pierde sin encontrar salida, es la casa de Dédalo. Llega a decir que dedicarse a la Filosofía, literalmente traducido "es una máxima aberración (abominación), como lo es que se nos ofrezca como esposa una bellísima hija del rey y nosotros decidamos prostituirnos uniéndonos con innoble criada; que nos acordemos de las cebollas y puerros viles de Egipto, y rechacemos el alimento celeste, Lo que en eso existe es una lujuriosa razón; lujuriosa metafísica. ... Es necesario tener menos deseos de ciencia y más de sabiduría y santidad. Ahí está el bienaventurado Bernardo, que era bastante ignorante, pero que estudió mucho la Sagrada Escritura. y se expresó elegantemente". Cf. Guillermo Fraile, Historia de la Filosofía II, B.A.C Madrid 1970, ps. 756 y sgs.

2. La pretensión de Santo Tomás

Qué pretende santo Tomás al dedicarse a la Teología. En el prólogo de la Suma contra Gentiles, encontramos la respuesta:

"Confiando en la misericordia divina, yo he asumido el oficio de sabio, si bien tengo clara conciencia de que sobrepasa mis fuerzas, por ello he decidido dedicarme al estudio y a

la enseñanza de la verdad que profesa la fe católica, en la medida de mis posibilidades. Lo voy a decir con palabras de Hilario <tengo bien claro que el deber principal de mi vida es ser consciente de que me debo totalmente a Dios y quiero cumplir con este deber de tal modo que no sólo mis palabras, sino también todos mis actos, sean signos de un lenguaje que habla de Dios” Suma contra Gentiles, I,2”

Separar la obra intelectual de santo Tomás de la opción fundamental de su vida, o reducir ésta a ser un profesor de universidad o un escritor de manuales de Teología o Filosofía, es perder de vista la pretensión existencial del santo doctor. Su objetivo es sentir a Dios y saber exponerlo. Y no sólo con las palabras, sino también con los hechos. En santo Tomás no se puede separar el santo del sabio: se le ha llamado “el más santo de los sabios y el más sabio de los santos”. Su teología surge de una entrega a Dios y a su causa, que es la causa del ser humano también. Esta entrega de su ser se apoya en una mística; entendida la mística, como la fuerza interior que moviliza todo el ser desde una profunda experiencia. Experiencia de la fuerza de la verdad que Dios ha revelado. La mística nunca está reducida a un discurso de conceptos bien secuenciados, por más que esto sea necesario; sino que parte de un sentimiento profundo, en definitiva de un profundo amor, y de una admiración que arrebata. Es la mística de la actividad teológica de Santo Tomás lo que impide que sea su actividad intelectual el puro ejercicio de una profesión, y sí lo sea de una vocación. De esta vocación quiero hablar.

3. Santo Tomás está marcado por una vocación y una espiritualidad dominica

Su espiritualidad, su mística es la propia del seguidor de Domingo de Guzmán. Santo Tomás quedó absolutamente cautivado en su juventud por esa espiritualidad y esa mística. Lo demostró en su empeño en ser fraile predicador, en oposición a toda su familia. La renuncia de Tomás de Aquino a ser monje en Montecasino, y, por ello la posibilidad de alcanzar altas cotas en la jerarquía monástica y en la Iglesia, y tangencialmente en la política, es interpretada por Chesterton como gesto similar al de Francisco de Asís de desnudarse en público ante los ojos de sus paisanos, para significar que renunciaba a todo lo propio de su condición burguesa. Olvidar la tenacidad con la que defendió su vocación es no captar cuál es el proyecto de su vida y su capacidad de entusiasmarse con él.

Su espiritualidad, digo, es una espiritualidad dominica. Ahora bien esto puede que no diga mucho a los que me escuchan y no son dominicos. Por eso quiero apuntar algo sobre lo que es esa espiritualidad, mejor cómo se fue entendiendo ésta desde los orígenes de la Orden hasta el tiempo de santo Tomás.

3.1. Espiritualidad de santo Domingo.

Contemplación y predicación, sensibilidad ante los alejados de la Iglesia, estilo evangélico en la predicación, ese sería el resumen de la mística del santo castellano. Domingo tomó la tradición monacal, pero añadiendo el espíritu de predicación sencilla que utilizaban los herejes cátaros con manifiesto éxito en el Sur de Francia. Ve el santo

que los contenidos de la predicación son ineficaces en sí mismos si no van acompañados de un estilo de vida, y un modo concreto de ofrecerlos. Los predicadores oficiales enviados por la jerarquía de la Iglesia no liberaban a los fieles de la herejía por su renuncia a bajar al ruedo para encontrarse con albigenses y cátaros, y dialogar con ellos y, sobre todo, por su ostentosa presentación: esa actitud lejana y con aires de superioridad no les hacía creíbles. A ello se unía una predicación de la fe cristiana muy convencional, de funcionario. Faltaba mística a su predicación.

Ante ese panorama el santo castellano abandona su digna vida de canónigo de Osma, tan distante y distinta del mundo conflictivo del sur de Francia, abandona la seguridad de convivir con creyentes cualificados y se queda en medio del conflicto, de la herejía, movido por el dolor que le producía tanta gente desorientada, sin personas que las recondujeran a la verdad.

Schilebeeckx, teólogo dominico, uno de los más significativos de la Iglesia en la actualidad, manifiesta que él se había sentido fascinado por la figura de Domingo de Guzmán, debido a cómo el santo combinó de modo armonioso, lo universal y la preocupación por las circunstancias concretas en las que la predicación había de desarrollarse. Era la armonía de lo humano y lo religioso; dejar a Dios ser Dios y a la vez conceder la primacía a la gracia.

Domingo pretendió una formación teológica seria para sus seguidores, envió a los primeros a las universidades. Pero mantenía que su estilo de vida sería sencillo y en contacto con la gente, única manera de que fuera convincente. Estilo que no es otro que el de los apóstoles: por eso su vida habría de ser apostólica.

De esa pretensión surge la espiritualidad de Domingo. Lo que el mismo Tomás definiría luego como *contemplari et contemplata aliis tradere*. Espiritualidad que es una actitud, unida a unos contenidos. La actitud permanece cuando los cambios históricos obligan a centrarse en otros contenidos.

3.2. Espiritualidad dominica en el tiempo de Tomás de Aquino

Cambios hubo en la época de santo Tomás respecto a la predicación inicial de los frailes predicadores en el lugar de su fundación, el sur de Francia. No son los albigenses los que preocupan a Tomás – quizás su momento había pasado, en parte aplastados por la cruzada que contra ellos se organizó -, sí tiene ante su preocupación el mundo islámico y el judío, de ahí surgiría la “Suma contra gentiles”. Por otra parte dentro de la Iglesia ve la necesidad de dotar a la exposición de la fe de una base racional, que revierta en ofrecer a la razón la riqueza que viene de la Palabra de Dios. Y también la defensa del estilo de vida de las incipientes órdenes mendicantes, que se encargó de defender frente a no pocos enemigos que en el interior de la Iglesia encontraron.

Santo Tomás entiende que lo que ha de guiar a los cristianos ha de ser la Palabra de Dios. Pero entendida inteligentemente, más allá de la pura literalidad, bajo la conducción de la razón. El santo, por eso, quiere conjugar el fervor por esa palabra con el rigor del discurso racional. De ese modo aborda la formación de los iniciados en la fe (novicios): para ellos escribe la Suma Teológica. Desde ese matrimonio de fe y razón

desenmascara errores que provienen de la interpretación de su estimado Aristóteles realizada por Averroes y los averroístas.

Apasionado, con una pasión que también hemos de calificar de mística, por profundizar en la Palabra de Dios como conductora de la vida, acude al estudio serio de ella buscando un medio de acercarse con seriedad a la riqueza que entraña. Estudio que es discurso racional más *studium*, es decir, pasión por la verdad. Razón teológica impulsada por la mística de la Palabra. Palabra humanizada, es decir, acercada a los problemas del ser humano, por el discurso racional. Tuvo para ello que encontrar un campo de diálogo o de discusión común, que fue la filosofía. Antes ya san Raimundo de Peñafort había creado e impulsado centros de estudios del árabe para conocer el pensamiento de los filósofos.

4. El ejercicio de esa vocación

4.1. El profesor y el testigo

Santo Tomás, decían sus biógrafos, fue profesor que tuvo éxito por sus novedades en la exposición y en lo que enseñaba en París, pero no fue el típico profesor que pretende estar a la última y se deja llevar por la opinión de moda pretendiendo deslumbrar más que iluminar. (Santo Tomás defendió a los frailes predicadores porque no reducían su vida a brillar, sino que pretendían iluminar).

En Tomás se mantiene un estilo concreto de vida que hace creíble lo que enseña y predica. Ante todo el convencimiento de lo que proclama. Y además la adecuación de su vida a ello. “Tomás de Aquino testigo y maestro de la fe” es el título de un libro moderno sobre el santo que puedo recomendar. Sin la cualidad de testigo no tendría la de maestro. Por eso su teología no surge sólo de la simple contemplación intelectual, sino de un estilo de vivir, de una espiritualidad o de una mística.

4.2. La mística en el hacer teología.

Digo la mística, podía decir, de un modo más general, su vida espiritual. Santo Tomás no tiene nada de un frío intelectual, como a veces podemos encontrar incluso en los que se dedican a la Teología. En primer lugar porque él entiende su vida como un seguimiento de Cristo, como vida de un fraile que contempla, como predicador y profesor que testimonia, no sólo imparte lecciones. Lo podemos ver atendiendo a aspectos tan nucleares en su enseñanza como:

- 1º El lugar de la caridad
- 2º El relieve que da a la contemplación,
- 3º Cómo entiende el estudio de la Teología y
- 4º Cómo realiza su misión de maestro.

4.2.1. La verdad y el amor.

Santo Tomás ha hecho de su vida la búsqueda y la exposición de la verdad, esté ésta donde esté: “*La verdad, quienquiera que la diga procede del Espíritu Santo, que infunde la luz natural y mueve a la inteligencia y a la expresión de la verdad*” (I-II 109 1 ad 1). Y en concreto la verdad de Dios como reveladora de la verdad del ser humano. Pero su proyecto no termina en la verdad, en una pura actividad del entendimiento. Esto podría bastar respecto a las realidades inferiores, pero respecto a las superiores es más importante el amor. Con el entendimiento se consigue elevar el nivel de las realidades inferiores, al conocerlas las incluimos en nuestro ser –si bien intencional- les damos un cierto nivel humano. Pero respecto de las realidades superiores a nosotros, la realidad de Dios, en concreto, la aproximación afectiva, el amor, es actividad más perfecta, porque en vez de rebajar su condición a la nuestra, nosotros somos elevados a la suya. Por eso siempre es más perfecto amar a Dios que conocerlo. De modo que la contemplación de Dios, sumo bien ya para Aristóteles, en santo Tomás se convierte en contemplación afectiva, cargada de amor. (II-II, 23,6, 108, 6 ad 3; 82,3).

Es también Schillebeeckx quien ha insistido en el valor central que ocupa la “caritas” en la totalidad del proyecto teológico de Tomás de Aquino. Caritas que es aproximación afectiva a Dios y a los seres humanos en el momento concreto en que se hace teología: interesarse por ellos, apasionarse por su salvación, por que la verdad llegue a ellos. La teología dice este autor es la materia humana de la que se sirve Dios para establecer una relación comunicativa con los hombres, a través de la mediación de los teólogos. El teólogo entra, pues, en la economía de la salvación, que viene de un Dios que ama.

Caridad y verdad. *Caritas veritatis* fue el lema del Beato Cormier, maestro de la Orden en s.XX beatificado por Juan Pablo II. En santo Tomás, la caridad es siempre el motor y es el fin como expresamente él dice. Por eso su busca de la verdad está muy lejos de cualquier interés de erudición o de satisfacción de curiosidades o de puro ejercicio profesional. Existe otro fin, que es la caridad, el amor. Esa es su mística.

Más aún, se conoce mejor a lo que supera la propia condición amándolo que simplemente entendiéndolo. El amor es siempre unitivo, une en el objeto amado: se sintoniza mejor desde el amor que desde el simple conocer, se comparte mucho más, sobre todo se comparte algo tan definitorio como son los sentimientos. De ahí la fundamental expresión de santo Tomás: “*Por el ardor de la caridad se logra el conocimiento de la verdad*” (In Jn.Ev, XV,2). Es precisamente esto lo que quiero subrayar en esta comunicación.

Amor a la verdad y amor sobre todo a quien busca la verdad. Ama la verdad, sin duda. Por eso la busca. Pero él sabe bien que la verdad sola sin un sujeto ni siquiera es propiamente objeto de amor. Ama la verdad de Dios, ama la verdad del ser humano, “doctor humanitatis” – “doctor en humanidad” - como le ha llamado Juan Pablo II. Pero sobre todo, si se me permite, lo más importante es que es el amor lo que le induce a estudiar, a enseñar, a publicar.

Se planteaba el santo cómo podía haber frailes, como los Predicadores que se dedicaran al estudio. El estudio hincha, genera personas autosuficientes por su ciencia, busca esta superioridad que da el estar mejor informado, el saber más. Y eso es contrario a la vocación religiosa. Responde el Aquinate diciendo que esa actitud ante el estudio es

propia de quien no estudia por amor; quien estudia por amor, no la hace para ser superior, sino para servir mejor, y ése es el objetivo del estudio del fraile predicador.

4.2.2. La contemplación

Como vengo diciendo la mística de la Teología no se reduce a hacer una Teología mística, sino al ardor, a la pasión con la que se hace. Ahora bien pertenece a ese ardor entender la dimensión mística de la reflexión teológica, es decir el contacto contemplativo, adorante del misterio.

La espiritualidad, la vocación dominicana el mismo la expresó como contemplar y comunicar lo contemplado. Contemplar es esa *larga y amorosa mirada sobre las cosas*, como alguien la ha definido. Larga porque necesita tiempo, tiempo de silencio, de concentración de sentidos y energías interiores en fijarse en lo que se contempla. Y amorosa, porque si no es desde el amor no se descubrirá el misterio.

Su expresión, según la cual nunca estamos más próximos a saber algo de Dios que cuando captamos la distancia que nos separa de Él, manifiesta que nunca creyó haber agotado todo lo que se podía decir de Dios. Ni siquiera pretendió que la ciencia teológica pudiera conseguirlo. Dios supera a la teología. Él experimentó esa insuficiencia de la teología y de una tan elevada teología como la suya, el día de san Nicolás en una experiencia mística que tuvo, ante la cual le pareció paja todo lo que había escrito¹. Más aún cree que la teología como esfuerzo para saber de Dios, para captarle cognoscitivamente, debe ser un paso para ser captados por Él, captados afectivamente, sentirse vivir en el amor de Dios.

De ahí que, ante el misterio, Tomás entienda que la primera actitud es la adoración. “*adorote devote latens deitas...*”- “*te adoro deidad oculta*” - conocido himno que compuso el santo para la fiesta del Corpus Christi, a petición del Papa. Es decir: aceptar la trascendencia incomprendible de lo divino y a la vez entender el misterio como el ambiente en el que se vive, que se respira. La primera manifestación del lenguaje religioso dice Martín Velasco, es la exclamación admirativa ante la trascendencia de lo divino. El himno, la doxología, es la primera expresión de la acción religiosa. “*El primer nivel de la expresión de la fe tiene lugar ordinariamente en la confesión, el himno, la doxología que acompañan al rito como palabra de la acción religiosa. En el himno hay un esfuerzo de la fe por acceder a la claridad de la conciencia*”. (Martín Velasco, “La religión en nuestro mundo”, Ed. Sigueme, Salamanca, 1978 p.227).

Si se nos dice que la admiración fue el comienzo de la Filosofía, nadie se atreva a hacer teología ni a entender de teología sin esa capacidad, mística, de dejarse sorprender por aquello que se intuye en las nieblas del misterio, pero se siente como real presencia de Dios y su proyecto sobre el ser humano. La adoración es también propia del teólogo siempre deslumbrado por las realidades que ha de tratar. Es la razón última de la humildad con la que ha de hacer teología.

Unido a esto está que Santo Tomás nunca separó el estudio de la oración. Oración entendida como aproximación amorosa a Dios. Conviene recordarlo, aunque esto parezca más tema de una charla de retiro espiritual, con palabras de Juan Pablo II en el discurso en el Angelicum con motivo del séptimo centenario de la muerte del santo. “*He aquí cuál fue la fuerza inspiradora de todo su afán de estudioso y cuál el impulso secreto*

de su donación total como persona consagrada. «A caritate omnia procedunt sicut a principio et in caritatem omnia ordinantur sicut in finem 2», ha escrito él (*In Io. Ev. XV 2*). Y, efectivamente, el gigantesco esfuerzo intelectual de este maestro del pensamiento estuvo estimulado, sostenido y orientado por un corazón henchido de amor a Dios y al prójimo. «Per ardorem caritatis datur cognitio veritatis» 3 (*ibid.*, V 6). Son palabras emblemáticas que dejan entrever, tras el pensador capaz de los vuelos especulativos más audaces, al místico habituado a beber directamente en la fuente misma de toda verdad la respuesta a las interacciones más profundas del espíritu humano. Por lo demás, ¿no confeso él mismo que jamás había escrito ni había dado lecciones sin recurrir antes a la oración? Hasta aquí, Juan Pablo II. La fe para abordar lo infinito. No puede renunciar a la ilación conceptual, pero es consciente de que ante lo infinito es insuficiente el pensar especulativo y conceptual. Se debe dejar lugar a la intuición y a la experiencia, a sentir, no sólo a saber.

4.2.3. El estudio de la teología.

Ahora bien el creyente inquieto busca la formulación conceptual del pensamiento; las razones para creer fe, lo que hace creíble aquello en lo que se cree; “*fides quaerens intellectum*”. El esfuerzo deductivo de nuestro entender especulativo no alcanza el horizonte que nos proponemos en la búsqueda de una verdad que nos desborda, pero prescindir de él, es querer ser ángeles, no seres humanos. (Los ángeles no necesitan estudiar ni conocen por deducción, su saber, dice Santo Tomás, es intuitivo). Lo que tendría como consecuencia reducirnos a animales que se mueven por simples impulsos instintivos. La Teología no es una pura exclamación mística, apasionada que surge de una simple sensación. No es teología tantos arrebatos místicos evanescentes, que surgen como desaparecen, tanta bella frase de estampita, que se queda en la belleza literaria, sin saber bien qué se quiere decir...

La Teología es desarrollo conceptual del entusiasmo místico religioso. Tiene, además, una función terapéutica de ese entusiasmo, que evita que sea falsificado. Pero la teología no tiene el fin en sí misma. La teología camina hacia convertirse en mística, en contemplación cara a cara con las realidades que trata; pero, insisto, apoyándose en el esfuerzo racional de nuestra mente. Se apoya en lo racional, pero lo supera.

La Teología, además, tiene un sentido comunitario, que no es fácil de encontrar en la exclamación entusiasta del individuo, donde predomina una mayor fuerza sujettiva. La realidad es objetiva, aunque vivida por cada uno, la fe que ha de iluminar esa realidad ha de expresarse en conceptos que puedan ser captados no por la pura subjetividad sentimental de uno, sino por la coincidencia en el concepto de varios. Compartir la fe requiere coincidir en lo que implica la fe, las verdades bien definidas que constituyen la fe. En fin, como decía Teresa de Ávila, para la mística hacen falta “letras”. La Teología es mística con “letras”.

Tomás de Aquino es ejemplo de quien logra conjuntar la teología y la vida espiritual, es decir la vida animada por el Espíritu, frente a mucho teólogo que se olvida de la vida espiritual, de la devoción, del corazón, para quedarse en la especulación. Santo Tomás, venimos diciéndolo, es persona de profunda vida espiritual. Pero su espiritualidad está basada en la teología, no es una espiritualidad primitiva.

Esto lleva a una concreta compresión de la teología y del esfuerzo por introducirse en ella. Es un asunto importante en el que insiste Rhaner, hablando precisamente de santo Tomás. Entender la Teología sólo como escollo que hay que superar para llegar al sacerdocio o sacar un título que permita enseñar, es una degeneración de la ciencia de Dios. Esa teología reducida a materia académica que hay que superar para llegar al presbiterado o a la obtención de un título, y que posteriormente reducirá su presencia a lo que exija el simple ejercicio de una profesión, o ministerio sagrado, la teología puramente instrumental, es una distorsión del quehacer teológico.

Cuando la teología se queda en eso, en puro academicismo para obtener un título o ejercer una misión, se da pie a desarrollar una teología y una misión paralela al estudio de la Teología, cargada de espiritualismo evanescente, o de proselitismo autosatisfactorio. El peligro de una teología sin mística, es el de una mística sin base teológica, sin letras. Fue el error de los obispos y abades enviados a predicar a los herejes del sur de Francia en los comienzos del siglo trece. Lo suyo era un ejercicio profesional de la predicación: exponían dogmas, fórmulas académicas para combatir la herejía, cuando ésta no era sólo una manera de pensar, sino una manera de vivir, que por cierto atraía. Como reacción los herejes, los cátaros, presentaban una doctrina entusiasta, sugestiva, si bien apoyada en falsas bases teológicas. Es el mismo peligro que sigue amenazándonos en nuestros tiempos, que se hace patente en importantes movimientos religiosos. Cuando la mística o la espiritualidad carecen de fundamento teológico se convierten en un ejercicio de la autocomplacencia del que se cree elegido de Dios. A partir de esa actitud surgen los fundadores de sectas o los que utilizan la religión como exaltación de su persona, los que se constituyen en los gurús, los profetas, los mesías... Para evitar esto es necesario estudiar la Teología, pero a la vez dar al estudio de la teología una mística, la de quien busca sinceramente la verdad de su vida.

4.2.4. El maestro.

Desde esta perspectiva entendemos mejor ciertas características del talante de teólogo de Tomás de Aquino, por las que es tan maestro o más que por los contenidos que nos ha legado. Él mantenía como principio fundamental: *“Del exacto conocimiento de la verdad de Dios depende toda la salvación del hombre, que es Dios mismo”* (ST I,1,1). ¿Cómo hablar de Dios, buscarle, experimentarle en el proceso de búsqueda de la verdad y del amor? He ahí su pretensión, como lo expone en el prólogo a su obra Suma contra Gentiles que antes cité. Esto le lleva a mantener un talante ante la verdad aprendida y enseñada que es necesario recordar:

1. *Expone con sencillez, abierto a las objeciones.* No es un expositor autista que se entusiasme sólo con sus ideas y no tenga oídos para los demás. Algo en lo que no fue seguido por algunos que se consideraban seguidores suyos, que se empeñaron en cerrarse a cualquiera idea que no viniera del maestro.
2. Es un *teólogo*, un intérprete de la Sagrada Escritura no un simple intérprete de Aristóteles. Esto fue necesario serlo, como he dicho, pero en función de otros objetivos. En las constituciones de los frailes predicadores del 1231 se decía: *“Nuestros frailes no pueden estudiar libros de los escritores paganos, (refiriéndose sobre todo a Aristóteles) ni de los filósofos, mucho menos ciencias profanas”* (Se referían a los filósofos árabes, que constituían, dice Shillebeeckx, el modernismo de la Edad Media). Pero, poco después, en el capítulo general de Valenciennes,

al que asistió santo Tomás, se ordena que los estudiantes de la Orden deben formarse también en filosofía. San Alberto había iniciado el estudio de esos autores prohibidos con un fin teológico. Más aún había investigado en las ciencias profanas. Santo Tomás se limitará a ayudarse de esos autores para sus objetivos como teólogo; pero es consciente de la necesidad de la Filosofía. Por eso, a los novicios de la Orden les dedica sus libros, “*De principiis*” –“sobre los principios” y “*De ente et essentia*”- *Sobre el ser y la esencia*”. Tanto él, como san Alberto, serán llamados en París “filósofos”, algo que no se solía llamar a los pensadores de entonces. El mismo san Buenaventura censurará esta aplicación a la Filosofía de santo Tomás, le dice que es aguar la Teología. Santo Tomás responde que es, por el contrario, realizar el milagro de Caná, convertir el agua, la filosofía, en vino, la teología. [4](#)

3. Sobre todo, su pensamiento ha supuesto un giro copernicano sobre el vigente entonces, al tener un carácter claramente antropocéntrico, como hace ver Metz, (“Antropocentrismo cristiano”, Sígueme, Salamanca, 1972). Ese protagonismo epistemológico del sujeto humano, responde a un modo de hacer teología, se trata sobre Dios desde la perspectiva del ser humano. La Teología nunca pierde de vista al ser humano. Incluyendo a quien la hace. Es una actividad humana, una de las actividades más humanas y en las que más se compromete quien la hace. No es pura especulación formal sobre grandes principios. Santo Tomás es hombre de principios, pero nunca se queda en ellos, sino que se esfuerza en derivar de ellos las aplicaciones concretas. Esa humanidad de la teología es lo que exige incorporar el amor a la verdad y a quien ésta se muestra.
4. “*In dulcedine societatis quaerere varitatem!*” – “*En la dulzura de la compañía buscar la verdad*”-. Hoy llamaríamos trabajar en equipo para acercarse a la verdad. Que no es fácil. Sabemos que un camello es un caballo diseñado por un equipo. Hace poco Julián Marías en una de sus colaboraciones en ABC advertía del peligro del consenso, como medio para llegar a la verdad. Peligro porque se busca más el aunar mentes y voluntades, que realmente encontrar la verdad. La compañía de santo Tomás no fue tanto de sus contemporáneos como de los pensadores anteriores, fueran paganos, fueran cristianos. Su más conocido comentarista, Cayetano, decía que el estudio de los autores anteriores le permitió a santo Tomás tener el conocimiento de todos ellos. En una ciencia que parte de una revelación y se transmite por tradición, es necesario estar atento a esa tradición. Santo Tomás, hay que decirlo, se fijó más en la doctrina original de los grandes autores que en la que exponían los seguidores de ellos. Así se fía más de Aristóteles que de sus comentaristas, incluido Averroes; de san Agustín que de la escuela agustiniana; de los padres griegos que cita, y es novedad en el pensamiento de la Iglesia, que de lo que otros les atribuyeron. (Dice que prefiere el comentario de san Juan Crisóstomo al evangelio de san Mateo que toda la ciudad de París).
5. Tomás es *hombre de su tiempo*. Nunca creyó en la perennidad absoluta de lo que enseñó. Eso lo atribuyeron sus seguidores a su filosofía y teología. A veces a causa de la comodidad que les impedía seguir investigando, profundizando en la verdad y reducir su esfuerzo a vivir del que había hecho Santo Tomás. Los que, si somos algo en nuestra manera de pensar, somos tomistas, hemos de apreciar

más aún que su doctrina su actitud ante la verdad. Ante la verdad de Dios y del hombre. Su actitud ante la Teología. Una actitud que tiene fundamento racional, pero también consiste en una espiritualidad concreta llena de humildad y de respeto al misterio, desde donde no ceja de profundizar en él y en ver cómo hacerle vida en la propia existencia. Es más perenne su actitud ante la verdad, que las verdades que nos entregó.

1 Ordenó tras esa experiencia fray Reginaldo su amanuense más familiar que quemara todos sus escritos. Fray Reginaldo desobedeció el deseo de Fray Tomás, y así han llegado a nosotros sus escritos.

2 *“Todo procede de la caridad como de su principio y todo se ordena a la caridad como su fin”*

3 *“Mediante el ardor de la caridad se logra el conocimiento de la verdad”*

4 Es asunto distinto del que trato, pero bien está recordar, ¡qué necesario es que se entienda bien la imposibilidad de avanzar en la Teología sin base filosófica!

5. La Mística de la Teología

No son tiempos que favorezcan esa mirada sosegada y profunda que es la contemplación, tampoco lo son por lo que tiene de paciente y de amorosa, generosa, desprendida. Hay prisa por hacerse con el conocimiento necesario, pronto se clausura el proceso, no sólo de información, sino también de formación. La eficacia tangible e inmediatamente comprobable que en todo se busca, incluso en el ámbito de lo pastoral, obliga a convertir en instrumentos las realidades más valiosos. Esto está en relación muy directa de la valoración de lo cuantificable frente a lo cualitativo, del hacer frente al ser, de conseguir resultados comprobables a hacerse uno mismo...etc. De ahí que a veces el proceso de formación se pueda entender como un trámite que hay que superar para conseguir fines distintos del de estar formado: así la contemplación, el estudio de la verdad, carecen de valor en sí mismo. Ni contemplación ni estudio son queridos ni deseados por ellos mismos.

La conclusión es evidente, si no son queridos en sí mismos, la verdad que buscan es buscada por razones ajenas a ella: por exigencias profesionales o por categoría social o eclesial que puede dar...etc.

Lo que se llama contemplación carece de ese otro atributo de ser mirada “amorosa”. La mística desaparece del proyecto de la formación teológica: no hay mística sin amor. Pues ese amor implica, como todo amor, un salirse de sí mismo, entender de donación, no de autoafirmación frente a los otros. Implica un fervor o ardor por la verdad a la que uno se acerca en la contemplación y por aquellos a quien puede servir comunicarla. Sin embargo sólo la verdad amada, tiene poder de convicción. El maestro lo es si es además testigo de la verdad, está implicado en ella. Si tenemos que mostrar un modelo, un ser que encarna la verdad como corresponde en todo proceso de evangelización, y éste es

Cristo, revelación de la verdad de Dios y del ser humano, sólo en la medida en que es amado él y su verdad estamos afectivamente comprometidos con él, y puede ser ofrecido por nosotros con garantías de convicción.

Cuando ofrezco estas consideraciones en la fiesta de santo Tomás al hilo de su talante místico-teológico pienso en los alumnos de nuestro centro, religiosos, religiosas o seglares. Me pregunto qué es lo que les acerca al sistema académico: ¿simplemente la exigencia de unos conocimientos para ser presbítero o para enseñar religión? Y pienso, por supuesto, en los profesores, ¿hasta qué punto favorecemos que sea la mística, la pasión por la verdad de lo que somos y hemos de ser lo que les lleva al estudio de la Teología?

Por ello, como conclusión y adquiriendo quizás cierto talante moralizador, - que no suele ser normalmente bien aceptado –, en la confianza que me da ser uno de los implicados en ello, me atrevo a sugerir, como exigencias propias del discípulo de la teología y del profesor, para que realmente ambos se acerquen a la teología imbuidos por su mística, las siguientes:

5.1. Para los profesores:

Estar plenamente convencidos de lo que se enseña. No sólo por su valor intelectual, sino y, sobre todo, por su valor existencial, por su capacidad para modular la vida concreta de profesor y alumnos.

Estar apasionado por la persona humana. Por la persona humana que uno es, por la de los alumnos, y por aquellas personas a quienes a través de los alumnos va a llegar la verdad que enseña.

Que no falte la sensibilidad hacia el misterio, el misterio de Dios, revelado para que captemos el misterio del ser humano concreto que somos nosotros y los demás: tener capacidad de admiración ante ese misterio, única manera de no creer que se está diciendo la última y definitiva verdad.

5.2. Para los estudiantes:

Amar la teología como mediación para saber de sí mismo y de Dios, como respuesta, siempre humilde, a las grandes preguntas sobre lo que son, lo que deben ser, lo que les cabe esperar. Y también lo que pueden ofrecer a los demás desde los distintos roles que se desempeñen.

Entender que el estudio de la teología, es una ascesis, como todo estudio; pero esa ascesis que tiene sentido cuando se está convencido de que merece la pena, de que no es un simple sacrificio que hay que realizar, sino que está ordenada a acercarse a ser lo que se es, porque pone en contacto con la razón de lo que somos.

Insertar para ello necesariamente en el estudio la mística del amor a la verdad y a quienes esa verdad revela, desde el misterio, a Dios y al ser humano. El mérito no está en el sacrificio, como decía el santo, sino en el fervor o afecto con lo que se hace lo que cuesta.

Estar convencidos de que esa mística, esa pasión por la Teología permite superar lo que el estudio de ésta tiene de ascético y abre la posibilidad de gozar de la atracción que la verdad ha de ejercer sobre quien hace Teología. Aunque no se la posea definitivamente.

Que Santo Tomás nos lo haga ver y nos ayude en ese afán.

Santo Domingo, 28 de enero de 2003.